Candil de payaso. Paseos íntimos en mi roulotte

PRUDEN TERCERO NIETO

Capítulo 1

RETAZOS

El payaso, ante la necesidad de acunar almas en su regazo y ante la necesidad imperiosa de pasear las vetustas calles, lleva en su petate lágrimas, sonrisas y detalles… Payaso de emociones, de trémulo palpitar, bebe con ansia su latir, su sentir, su necesitar; pues este payaso de mirada un tanto triste, mora en el recuerdo, atajando su descanso en el camino, llevando así sus alforjas de lo vivido y sentido… Este payaso de sonrisas y desvelos, con el candil encendido a cada paso, a cuestas coge sus alforjas y anda y anda…

No son canciones o melodías estos versos con que transita por la vida, perdido y encontrado en el tiempo, repleto de sentimientos y latidos enmarcados en un corazón de olas ya sentido… Oh mi payaso, triste sonrisa de payaso, tú posas tus lágrimas en ese camino, tu camino. En tus calzas, tu nariz roja, tu vestimenta…; allí guardas los recuerdos y poemas en tu deambular por la vida…

María

Todo este contenido pertenece a mi poemario: *Candil de payaso. Paseos trémulos en mi roulotte*, 2014, MRV Editor independiente.

Descálzate de tus ropas viejas, caminante, pues se necesita una piel de niño y hombre sin complejos para seguir por este periplo.

Capítulo 2

Candil de payaso

Hoy quiero nombrarte, candil,

Mientras me desprendo uno a uno de mis compañeros de viaje.

Ellos –tú lo sabes bien- son los globos

De mis bolsillos; su nombre, la savia de estos versos.

Recientes las sonoras carcajadas

Del público a causa de mis piruetas en la cuerda floja,

Deslizo hacia el suelo mis zapatos blancos

Y contemplo, por un instante, al trasluz de tu llama,

Cuantos circos, grandes y pequeños,

Han visitado estos pies.

Aflojo, la llama prendiendo

Perezosa y a sobresaltos en ti, los rojos tirantes

Que han conducido, a menudo,

El deambular coqueto y risueño de mis pantalones bombachos.

La bufanda, el paraguas y los guantes

De viajero ocasional se confunden en la comparsa de objetos

Que completan ridículas mis prendas interiores.

Desnudo ya ante ti, aceite renovado

En esta despensa de emociones, pulsas en mí

Cual trémula llama, cual pálpito escondido,

Las palabras de este salmo

Y tañes, sin que pueda evitarlo,

La sonrisa de payaso.

Capítulo 3

REMIENDOS EN MI TRAJE DE OFICIO

Sonrisas y voces, por un instante trémulas,
se desvanecen después en las sombras de tu roulotte.
Ahí, triste y payaso,
pones a secar tus piruetas.
Tus ojos, donde aún laten las voces de niños,
guardan ahora silencio.

Detrás de tu biombo,
colgados tus tirantes y tus pantalones bombachos…
el mismo oficio, el espectáculo.
Melodía de carcajadas, aplausos y...
Aún escondido en tu amplia sonrisa de payaso:
esbozo, asomo, vislumbre de tea encendida.

Payaso,
encendido remiendo entre realidad
y deseos, cuya realidad añade
demasiados parches a tu traje de oficio,
hasta que tú, iluminadas todas y cada una
de las voces de niño, hagas el clic

entre salto y vacío.

Capítulo 4

CANDIL RENOVADO DE EMOCIONES

Hoy el payaso encendió su trémulo candil

hoy, sus ascuas aún tibias,

arrimó sus heladas manos a su tímida llama,

acercó su rostro a la temblorosa imagen...

La noche alumbraba aún nuevas estrellas

la noche estaba preñada de silencios,

de soledades, de ausencias

de sombras, de lágrimas

de auroras sin ternuras,

de enfermedades que mordían el alma,

de dependencias que engullían a seres solitarios y

atormentados.

La noche, sin embargo,

alumbró en el rostro de nuestro payaso

cada lágrima, cada necesidad de almitas buenas,

cada hondo rumor de pasado,

cada miguita de pan que de sus bolsillos había nacido,

cada ausencia deseosa de ser llenada

cada latido de dolor resonando en cada calidez, en

cada llama...

Abrió la puerta de su roulotte,

descendió los escasos escalones

que le conducían a una calle

llena de soledad, lluvia y de luna,

a unos niños sin guía, a unos seres humanos

perdidos en sus islas...

y, sin embargo, niños cuyos ojos cerrados

latían de necesidad, de hambre de ternuras;

y, sin embargo, seres humanos cuyos corazones

prendían al ser acariciados por nuevas palabras

por nuevas ternuras, al ser desnudados

por miradas llenas de alma.

En sus pasos sus zapatones

se llenaron de nuevo de tierra,

de nuevos pueblos donde sembrar,

de nuevas semillas que crecer;

en sus pantalones raídos

y bombachos la luna

asomaba el rostro de cada sonrisa, de cada niño;

en su chaleco la flor ajada

se llenó del perfume de las palabras,

de las melodías y de los versos

y en su sonrisa las ternuras,

las palabras, el hogar,

las llamitas nuevas, las estrellas

se desnudaron de miedos

y en un latido se convirtieron en olas,

con que auparte a ti, a ti pequeño niño de ojos cerrados;

para auparte a ti, hermosa alma;

para arroparte con estos cálidos y humildes versos

a ti, claro que sí, cariño,

y a ti, y a ti, y a ti, mi almita buena…

Capítulo 5

SALMO DE PAYASO

Dirijo este humilde salmo ante ti, Jesús. No soy más que un pobre payaso. Mis manos, como puedes ver, no te traen ricos presentes, aunque me gustaría. Tan sólo esta sonrisa de payaso que, incluso, en los momentos amargos se mantiene alegre. Mi mejor hato no es el traje de noche de los grandes actores, sino estos pobres pantalones arrugados que intento componer con mis tirantes y un chaqué cuyos ojales, del uso, son demasiado grandes.

Sé que son de escaso valor para Ti, Señor; pero Tú, Niño también, podrás comprenderme. Cuando salgo al escenario –el público a la espera de nuevas emociones- mi palabra y mis gestos se dirigen a los niños. ¡Chsss...! No le digas a nadie que los mayores también me escuchan con atención. Entonces mis cómicas ropas se vuelven graciosas y entrañables: no me importa que mis pantalones sean bombachos, ni mis zapatos grandes... Mis bolsillos, vacíos hasta entonces, se abren para encontrar una flor con que consolar el llanto de un niño o de una niña, un globo con que iluminar su sonrisa e, incluso, ¿por qué no?, una pirueta que acabe conmigo en el suelo. Permíteme siempre, Señor, mantener vivo este espíritu joven que aún vive en mí.

Hoy ante Ti, Niño Jesús, sólo traigo mi oficio de payaso, con mi gran sonrisa, mis enguantadas manos, el corazón dispuesto y mis zapatos blancos, muy blancos.

Capítulo 6

SI UN DÍA TU ALMITA BUENA, MI NIÑO DIOS…

Si me sentara contigo, mi niño Dios…

Si un día mis ojos pudieran posarse

siquiera por un rato en los tuyos;

si acaso mis palabras pudieran traducirse

por unos instantes para alcanzarte,

para rozarte siquiera, para acunarte...;

jolín, mi niñito bueno,

me quitaría mi traje de payaso,

me quitaría las zapatones blancos, muy blancos,

llenos de mis angustias diarias,

me quitaría tanta urgencia

en mis paseos,

tanta necesidad creada

jolín, mi niño Dios...

Si un día tus ojos se posaran en mí…

Lloraría... serían tantas lágrimas

que se han quedado

colgadas en mi alma;

serían tantas palabras que

avaro encerré en mí

sin permitirlas volar

palomas blancas

a los ojos; a las manos

de los necesitados...

Si un día fueran tus palabras

las que me hablaran…

Si un día fuera tu voz

la que acertara a escuchar…

Se me encogerían los versos;

se me encogerían las melodías

que como cometas lancé al cielo.

Si un día fuera tu voz

la que me nombrara, Prudencito…

Creo que en ella respiraría

cada suspiro, cada herida

cada abrazo que me llenó de vida

cada sonrisa que llenó de amaneceres

y ponientes sonrosados mi alma

cada mano que paciente me enseñó.

Si un día me tocaras,

mi niño Dios, ayayayya…

Si un día me tocaras

mi alma se desnudaría

de cada instante robado,

de cada angustia que causé,

de cada herida que produje,

de cada palabra que enmudecí,

ayayayyayay...

Si un día niño Dios

tus labios besaran mi frente…

Mis ojitos

mis manos

mi pecho

florecerían a mi madre,

a mi mamá buena, ayayayya;

sería Prudencito, con sus alas,

con sus cometas,

con su eterna nube,

quien amaría con ansia,

quien besaría con ansia,

quien perdonaría con ansia,

ay niño Dios;

tus ojos tendrían la ternura de Mariita,

tus palabras tendrían la paciencia y bondad de

Mariiita,

tu almita buena sonreiría con el amor infinito

con que Mariiita

mira, se duerme,

llora su alma, su almita buena,

en mi pecho, en mis manos, en mis ponientes...

Si un día...

Capítulo 7

A SOLAS POR TUS CALLES, JAÉN

Te miras hoy, ¡ay, candil!,
en las calles adormiladas de esta ciudad adoptiva
y pulsas, mientras recorres sus paseos y calles,
el pálpito escondido, la trémula huella
que sumar nuevamente a la trouppe de mi roulotte.

¿Te das cuenta, ciudad compañera?
Las manos se dirigen a este candil de luz,
sin conseguir alcanzarlo del todo.
Prefiero, compréndelo así,
recorrer una vez más tus calles buscándote.
Los ojos vislumbran a tu trasluz
el negror de tu castillo de Santa Catalina,
el andamiaje árabe de sus alturas.
Sí, como en casi toda ciudad andaluza,
en tus manos beben las dos culturas,
la cristiana y la musulmana.
Tienes, así pues, tus santos: Iglesia
encontradiza de San Ildefonso,
ofrenda orfebre de tu Catedral,

orgullo pictórico de Cristo Rey...

No, no me he olvidado

de tu Inmaculada, cuán castellana

e íntima, te me representas;

de tu Padre Jesús Nazareno, cada vez más mío,

decidido y Abuelo, de tu Virgen de la Capilla,

al encuentro siempre nocturno

de mis huellas y mis recuerdos.

Cómo no nombrarte a ti,

mendiga y pieza más del candil,

en tu sonrisa aun dulcemente triste,

ligada a esta tierra andaluza,

presagio de almita buena

en tu búsqueda de limosna,

no sólo de la material,

si no de la que habita en el alma.

Hoy quiero, candil,

rezarte y cantar tu nueva luz

al calor de esta ciudad jiennense

y susurrarte -si mantienes

próximos e íntimos tus oídos-

la ilusión y candor de mi humilde

oficio de payaso.

Capítulo 8

DE TU MAR, SANLÚCAR, Y DE TU AMOR, ESTOS VERSOS

El mar pronuncia tu nombre a escondidas.
La roulotte nos deja a ti y a mí en esta playa sanluqueña
donde por la noche entre las grietas del agua
que el mar ha dejado en la orilla acariciamos nuestros cuerpos.

Mujer de sombras de luna y de niña el alma,
hoy pronuncio tus propias orillas en esta playa
y poso los labios en cada hendidura, pliegue, murmullo y deseo
como las bollas que en la noche encienden y apagan sus luces.

El payaso, es cierto, sabe de tierras sin término
y de tierras sevillanas y gaditanas se envuelve
su sonrisa, canto y sueño, alma y verso,
tejiendo con tu cuerpo mujer cálidas olas.

Entonces el recuerdo de la danza mora,
entonces la sombra luna sobre la arena,
entonces mientras las estrellas arropan estas palabras
tu mirá niña besa húmeda las prendas de mi oficio.

Capítulo 9

ANOCHECE EN TIERRAS MANCHEGAS

Hoy, Señor, mientras los pasos del payaso le conducen por el mar de oro de su tierra manchega de vuelta a su hogar, los tejados encendidos de estrellas y de noche, quiero hollar con mis dedos este leve salmo.

Quiero pedirte perdón porque al regresar a mi tierra, traía el corazón lleno de mar, lleno del mar de Andalucía, no sólo el mar físico sino sobre todo el mar humano cuyas olas, olas en movimiento, me habían aupado tanto... Quiero pedirte perdón porque esa candelita que encendiste a base de tus labios de papá bonachón, se me quedó fría en el alma al llegar a esta tierra de viñedos y olivares...

Quiero, Señor, pedirte perdón porque permití que la soledad, el dolor de mi candelita y las eternas diferencias familiares, me permitieran olvidarme de mi oficio, de las prendas de mi oficio que, con amor, con ternura, con amor de papá bueno besaste dulcemente en mi rostro, en mis ojos de niño, en mi sonrisa, en mi nariz mofletuda... sisisisis, sobre todo ahí... tú, Señor, has sabido de mis pérdidas, de mis purgatorios...

Quiero pedirte perdón por no apreciar suficientemente, en un principio, el calor que este payaso encontró en su tierra, esa gente que, al igual que la tierra, sabe de dar calor y humedad, a las vides, olivares, algodonales, tomateros, meloneros y sandías, sabe de nuestro propio mar manchego, sabe de nuestro propio mar de emociones... serían unos cuantos los pueblos que este poeta podría nombrarte, Argamasilla, Daimiel, Miguelturra... olas que como sonrisas de niño nuestro payaso comenzó a atesorar...sonrisas y emociones desmelenadas a mi vuelta a Ciudad Real, la bondad del hombre bueno en esa Argamasilla a la sombra de Tomelloso pero con su propia alma de cansinoooooooooooos, esa tierra de Daimiel donde el sol se adormece por las tardes entre sus Tablas, en fin...

Quiero eso sí, Señor, darte gracias porque enviaste un ángel que, por medio de su ternura, de su alma, de su calor, de sus besos, devolvió la fe a este payaso de oficio, entonces la sonrisa encendida en cada uno de los rostros de niño, entonces esa ternura, latido en mis manos y mis abrazos, entonces ese hato de emociones con que mi palabra volvía a envolverse, convirtiéndose en la voz a ti debida (gracias, Salinas), entonces en mi candelita su candelita buena...

Hoy, Señor, en mis muchos paseos por estas calles manchegas y sus campos recién segados los preciados trigales y el sol cálido dejando pasar tenues ráfagas de aire miro de nuevo mis manos, miro hoy la tristeza

dibujada en mi rostro, mientras mecánicamente cuelgo las prendas de mi oficio, mi sonrisa, mi nariz morcillona, mis pantalones bombachos, mis zapatos blancos, muy blancos en la percha de mi corazón; deslío estas palabras, pequeñas olas en movimiento y estrellas que recontaré cuando halla que partir, que pronuncien como un salmo, el alma de esta tierra manchega, la hondura y hambre de cariño de sus gentes, y de mi ángel, la dulzura, la belleza de sus latidos, la confianza cueste lo que cueste y la mirada con que me desnudaba de mis ropajes viejos y besaba dulce en mis ojos de niño... y mientras humedezco los dedos para acallar el candil, mi viejo y cálido candil y te doy las buenas noches.

Capítulo 10

LOS MAGOS Y LA GUERRA

"¡Bastardos hijos de puta!"

-gime el payaso entre bastidores.

Las prendas –no lo olvides, dulzura-

permanecen abandonadas en lo alto.

Cojamos las bombas

cuya semilla explota

cual granada de fuego en el hombre,

abriendo innumerables rosas rojas

en su cuerpo y en los de sus amados;

cuya sola mención arranca lágrimas

de los ojos de niño, mis niños;

cuya senda de destrucción llueve

y prorrumpe sobre los nidos, nuestros nidos

y, en un acto de magia,

"¡nada por aquí!¡nada por allá!":

bombas inteligentes.

Es más, uno –es cierto- no entiende

de estos hechizos.

Dejémoslas caer, fortuita o conscientemente,

cual alegre y chisporroteante verbena de fuego,

sobre nuestras cabezas. ¡Huy, perdón!

Sobre las otras, ¡naturalmente!,

y llamemos a sus muertes

-conejera de sangre, temor, sudor, orina y muerte-

daños -¡ooooh!- colaterales.

Ya, mi magia siempre ha tenido

más que ver con la dulzura y sonrisa del espíritu,

pero, ¡Dios, Dios mío!... No comprendo

este milagro que nos convierte de hombres en magos

o en bloques de hielo que no reaccionan

ante la muerte, tanta muerte,

prefabricada por estos nuevos hechiceros.

ríanse, sí, ríanse los Armaggedones y Ragnaroks arcaicos.

¡Aaashp! "¡Nada por aquí!

¡nada por allá!" y de pronto...

la Muerte

Y los occidentales tan tranquilos,

Son muertes inteligentes.

Capítulo 11